

## Minerva Margarita Villarreal

Montemorelos, Nuevo León, 1957, poeta, editora y directora de la Capilla Alfonsina de la Universidad Autónoma de Nuevo León, institución que la distinguió con el Premio a las Artes. Es Maestra en Letras Españolas por la misma Universidad, donde actualmente es profesora en la Maestría de Filosofía y Letras. Es miembro del Consejo de Redacción de las revistas *Tierra Adentro* y *La Tempestad*. Además, es colaboradora del Suplemento *El Ángel* del periódico Reforma y del periódico Milenio, diario de Monterrey. Su obra poética comprende los siguientes títulos: *Hijos de viaje* (1982), *Juegos cotidianos* (coautora, 1983), *Entetejedura* (1988), *Palabras como playas* (1990), *Dama infiel al sueño* (1991), *Pérdida* (1992), *Epigramísticos* (1995), *La paga común del corazón más secreto* (1995), *El corazón más secreto* (1996), *Ademar* (1998), *La condición del cielo* (2003) y *Herida luminosa* (2009). Es también autora de *Brújula solar: Nuevo León 1876–1992* (antología de la poesía de Nuevo León). Ha recibido los siguientes premios: el *Premio Plural de Poesía* (1983), *Premio nacional de Poesía de Nuevo Reino de León* (1986), *Premio Nacional de Poesía Alfonso Reyes* (1990 por *Pérdida*). *Premio a las Artes de la UANL* (1991), el *Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines* (1994 por *El corazón más secreto*), y recientemente el *Premio Literario NajiNaaman* de Líbano (2013).

## Mareas

a Martha Cassarini

Y hay un lugar al que nunca podrás volver.  
Y un árbol lo esconde durante el día  
y una lámpara lo alumbra de noche,  
y más no puedo decir  
y más no sé.

YehudaAmijái

El invierno estaba yéndose cuando lo descubrí al pie de la escalera. Daba otra apariencia al espacio que yo creí dominar. La razón parecía ganarle a la inercia de abotagados párpados.

Quienes partían y quienes iban tomando hábitos de ostra eran imperceptibles...

Reinaba una paz enfrascada en clases y altos edificios. La escuela estaba limpia en días de lluvia y urgía desterrar los fumaderos de opio que la *Biblia* alentaba. Cómo nunca los vi yo, que verdaderamente aspiraba a la fe; debí husmear al fondo y sumergirme; qué vacío habrían colmado la religión y después Marx y sus divinas paradojas. Qué vacío de infinito abriría sus fauces. Desenraizarse, quedar a la intemperie donde el tintineo de los trastos, el café recién hecho, la mañana de voces familiares y el timbre del reloj flotaban entre cápsulas de un aire pretérito que había que alejar como se intenta ahogar el llanto; y repetidamente caer.

Las golondrinas hacen nido en el cuerpo mientras tú te alejas.

Pero nada es cierto, salvo la imagen de la inasible realidad; voces, olores que escapan, años que filtran su mercurio. En Arabia, las mujeres pintan sus ojos con ese residuo líquido y centelleante: *Uniforme substancia, magma de interiores* que Ashbery extrajo del espejo convexo donde un visionario del siglo XVI atrapó su eternidad. Mareas que acomodan las formas, que devuelven los rostros al rostro, calles donde antes praderas de tus ojos. Francisco Mazzola habría de ser contemplado.

Ya estabas aquí, pero yo no lo supe hasta meses después.

Una bolsa de piel, una anguarina;  
estampabas al borde nuevos hábitos sobre el caparazón cenagoso de la hipocresía:

*de las pocas mujeres con quien se puede hablar.*

La sartén por un lápiz,  
libros de cabecera  
y sábanas de secretos soslayados  
sumaban el quebradero,  
la confusión que el cambio propiciaba.

Veladas, navegaciones, incertidumbres en el lecho,  
estremecimientos que fluyen en la abatida embarcación  
por ese magma que se fija en tus ojos,  
esa gota en donde azul te pierdes.

Otra época, otra la necesidad de romper  
los mismos desnudos cuerpos: vivirlos, acariciarlos,  
perderse  
en sus bodegas infinitas.

Ese magma que presagia el pasado, que adelanta  
o retrasa las horas  
porque piedras acabamos del tiempo.

¿Pasaste un mes allí o lo imagino?

Discos que no escuchas más. Carteles en las paredes de ladrillo.

En el segundo piso te veía  
voltear y dirigirte a los cubículos;  
tenías el número seis, el que ahora yo tengo,  
y usabas pantalones campana de algodón.

Ella llegó después y con su fuego arder  
en las arenas que se esfuman  
como espectros, naufragos implorantes, voces

Protrepis, Año 3, Número 5 (noviembre 2013 - abril 2014). [www.protrepis.cucsh.udg.mx](http://www.protrepis.cucsh.udg.mx)

desde otras voces flameando en los infiernos,  
descubriendo sus rostros en las paredes,  
regresando sus pasos.

Nadie lo hubiera creído porque nada era  
y sin embargo ya empezaba a incubarse.

Tampoco me creyeron que Gatti hubiera muerto. Sí, les dije, con la correa jalándome del cuello. Incienso, disquisiciones, la amarga sonrisa de Foucault trasminándose, ¿o sería ese pedazo de invierno que no deja de golpear? ¿Y a Laing, alguna vez lo leíste?

Luis María te hace bromas  
que al sexo estremecen  
en cada vuelta de una conversación interminable  
trazada por el miedo.

Saber tanto como ustedes...

Sentir esos agujeros a donde el miedo te desliza...

Tenías la edad que yo tengo, y quizás las mismas ganas de partir.  
1977, abril, regreso de vacaciones.

El sol bañaba copas cuajadas de pájaros;  
el tiempo su rigor futuro. Pero nada era cierto,  
poco a poco esos rostros no estarían más, o todos,  
o mi propio rostro avejentado o estos sentimientos  
hechos trizas junto con el florero.

¿Cómo era entonces Córdoba; cómo dejaste Córdoba?

Y te vas en tus ojos,

la sombra y el magma de tus ojos donde las niñas se resguardan; luego el horizonte dentro despejándote en pasto y en verdor.

¿Fue el año del eclipse? Festejo y corazones adornan de rosa las paredes. San Valentín cerró la cortina de vergüenza. Algo estaba cambiando y en el pecho un derrumbe, un exilio vivo;

igual sería si volvieras, como nacer dos veces y colgar al recuerdo  
lo que ya no creció. No sé si este dolor, vagamente, con los brazos caídos,  
tenga que ver con esta renuncia, con ese sentir que no eres grato en el pueblo

que  
no quieres dejar.  
Mala conciencia de tu época.  
El verano incendiaba los meses,  
los inmensos jardines  
y Alfonso Reyes poblándose de pájaros.  
Tiempos, vidas que se habitan sin ver atrás;  
las puertas sin aldabas se abrían desmesuradas  
y lo mismo el blanco que el negro restallaban.

Estremecimientos que fluyen por ese magma que se fija en los ojos,  
que aproxima los rostros al rostro.

¿Por qué me avisaron tan tarde que habías muerto?

Llovía como nunca. Las atarjeas eran insuficientes, y la marea embestía.

Esa noche se alzó de entre las noches.

El carro flota bajo el desnivel y milagrosamente llego. De haber dado vuelta antes, se habría varado en la corriente.

Mareas,  
magma de interiores,  
aguas  
que no paran y  
llueven días llorando.

*El jardín de los FinziContini.* El cine Olimpia que no existe, ni el Rex del bajo mundo con sus ojos de perro. Y el Elizondo, te acuerdas del Elizondo, sus diosas orientales y el deseo entre dragones y serpientes borboteando en lo oscuro. Todo arrasado por el capricho de la miseria. Aléjate de la miseria de los poderosos, hasta su piel es falsa. Esta ciudad mutila memorias y los gobiernos cabalgan destruyendo todo vestigio. Aléjate. A toda prisa el jinete llevándose las arcas. La dignidad en ruinas.

No, nunca pensé que a eso se debiera su ceguera.  
¿Y el dinero, cómo le hicieron para el funeral?  
Aunque fuera sola iba yo al cine, lo demás era mentira y era inútil.  
Cuántos dolores de cabeza, cuántas cuarteaduras que por dentro se  
extienden;  
más sola que de costumbre,  
desolada,  
huida de toda razón que sonara a mandato  
pisoteaba el amor para seguir viviendo.  
Todo era mentira y era inútil;  
y lejos pero dentro el cable que hace corto con cualquier contacto, cualquier  
gota. Tanta maraña que desconocía y aún creo no llegar a saber. Dónde em-  
pieza lo de uno  
y dónde las huellas de otro; ¿puede existir uno sin el otro?  
Pero las huellas ya surcaron,  
y la seguridad con su falso morar  
se desviste en esas noches largas y despobladas,  
en el vitral de un sueño cuya lluvia no escampa,  
en la verdad de un sueño donde vienes a mí.

Mareas que devuelven los rostros al rostro, magma que adelanta y  
retrasa las horas.

¿Estabas en aquella Muestra con Susana e Inés?

Sí, él también estaba.

Las líneas se cruzaban con el ruido  
y cualquier cosa podía apresurarse,  
estrepitarse,  
pero tú me entiendes; con todo y ser el viento, eres la calma, la atención y el  
árbol. Porque de noche, tú lo sabes, de noche resplandece en el mismo sitio,  
el lugar imborrable.

Cuando llamó ya estaba embarazada y se puso contento. Vendrá otro más, me dijo, pero yo lo negué. Si hubiera sabido que él padecía esa enfermedad; vergüenza tengo, dolor. Cómo no me di cuenta, cómo no lo intuí.

Aquella vez estaban otros hombres que ahora no recuerdo; José María y Horacio fumaban, seguramente Iván, pero no con nosotros; con Allegra llegaron Lucien de saco negro y Hélène con una chalina de estambre café. Las francesas tejen mucho. Con ellos probé el *fondue*. Regresaron a Francia.

Ya para entonces Luis María no estaba, aunque deambulaba por esas noches, por estas oscuridades de maltratados pavimentos; sus anhelos revoloteaban extrañas y lejanas esferas mecidas por el mar.

Así fuera el destino, yo me negaba y negaba esas horas que por momentos rebotan contra mí como una corriente sin salida:

*Cierra los ojos, camina con los ojos cerrados,  
siente la arena fresca,  
la oscuridad que asciende,  
prueba el beso del mar;  
la oscuridad es el camino  
y el camino a la pureza es del agua.*

Y sin eso, me pregunto, ¿cuál libertad?

y recuerdo a Castro arremetiendo contra la libertad burguesa. ¡El dictador sumido entre fantasmas!

¡Ah!, pero mis fantasmas eran realmente mayores, generales, diría yo. Llegué a tenerles respeto de tanto miedo que guardaba.

Llorabas y yo no podía sino esconder mi llanto, bien frenado, limpiándote las lágrimas. Mirarte en silencio, preguntarte quién eras sin pronunciar palabra, sólo acariciar tu pelo y esperar.

Venías del sur,  
distribuías el horizonte,  
la ráfaga de ira  
cuando lloraste por vez primera.

El otoño desnuda crecientes  
hasta empollar en tu nostalgia,  
y la tristeza,  
no sé en cuál árbol,  
hace brotar el llanto.

Estas intimidades que nos cercan,  
estos beduinos despidiendo al ángel de la muerte:  
sonámbulos perdidos en tundras de silencio  
que caen de casa en casa.

Dromedarios, bactrianos,  
qué sé yo cuántas jorobas se nos echan encima  
como los mares del sur  
en brama del espanto.  
Las ausencias son hojarascas que el viento  
esparce,  
la delación de mareas que acomodan sus formas  
para mirar en claro  
a José Oscar del Barco,  
a Susana Pagliettini,  
a Rocío transplantándose en las tierras del sur;  
y Luis María Gatti despierta en la sala de mosaicos,  
la marihuana hace nadar peces en el océano de la conversión,  
quimeras que olvida el Elizondo flotan entre rodillas,  
acomodan sus miembros  
en el momento en que ella se despide  
y una ráfaga de viento inunda las alcobas.

Banderas, patrias que difuminan sus rostros en la bruma, pequeñísimas regiones, cuartos, camas de norte a sur.

Celdas, Martha, que hay que dejar abrir,  
que regresen con el libro de Girri bajo el brazo,  
y que los alacranes  
aparten su aguijón, que lejos limpien el camino.  
¿Qué no ves a los dormidos regresar con la lluvia?  
Llantos, Martha, lluvias y mares que no han de cesar.